

MICROFICCIONES

Germán Cáceres

Visualizar

El avión había despegado hacía dos horas de Buenos Aires y yo estaba podrido de ver la pantalla que tenía frente al respaldo del asiento delantero.

Y me puse a pensar en mi vida, porque también estaba aburrido de ella. Y traté de visualizar –como opinan en el Yoga, aunque yo jamás había practicado esta disciplina– una existencia distinta.

Me concentré en mis amigos para ver si podía tomar algún ejemplo. Pero sus vidas no ofrecían nada original, eran tan patéticamente insípidas como la mía.

Entonces, por el momento, razoné con amargura que no tenía ningún futuro que visualizar.

Observé nuevamente la pantalla y su reloj marcaba dos horas menos que cuando partimos del aeropuerto. ¿Qué estaba ocurriendo? Se me dio por suponer que se trataba de una disrupción del tiempo. O tal vez, con mayor precisión, en un salto temporal hacia el pasado.

Aunque no conocía a ningún pasajero porque viajaba solo, comencé a notar que eran distintos a los que recordaba borrosamente. Sí, exhibían rasgos más toscos.

De pronto, no estaban vestidos y un desmesurado pelaje cubría sus cuerpos.

Y ahora no permanecía en un avión sino que me escondía en una cueva subterránea. Yo también me hallaba cubierto de pelos y blandía como los demás pasajeros un garrote en la mano. Evidentemente pronto se produciría un enfrentamiento con una horda enemiga.

Además, estaba olvidándome de quién era yo, de todo mi pasado.

El avión aterrizó de emergencia en el aeropuerto de San Pablo. Un pasajero había sufrido un ACV.

(Microficción ganadora del concurso organizado por la página vivilibros.com)

Los besos

Se conocieron bailando en un boliche. Él quedó encandilado por su belleza tan especial. Es común decir cuando una mujer es muy linda que parece un hada. Pero, sin embargo, su hermosura residía –aunque resulte paradójico– en su traza demoníaca. Era, además, muy delgada, de silueta demasiado perfecta, como si fuese un avatar de un video juego.

Fueron al hotel que estaba al lado del boliche. Las relaciones que mantuvieron resultaron espectaculares. Sobre todo disfrutaba de los besos que ella le daba con sus labios carnosos y saturados de rouge.

Cayó agotado en la cama y durmió casi una hora. Al despertar comprobó que ella permanecía despierta: le comentó que debía regresar a su departamento. Éste pertenecía a un edificio situado enfrente del hotel y del boliche y separado de ambos por una plaza arbolada.

¿Sería un método que empleaba para lograr sexo con frecuencia?, pensó él. Y decidió seguirla.

Ella cruzó por el centro de la plaza, completamente iluminado porque allí no daba la sombra de los árboles.

Como en las películas policiales observó que había movimiento en la ventana del tercer piso: seguramente se estaba desnudando.

De pronto, y desde esa misma ventana, salió al exterior una extraña variedad de ave que, batiendo sus alas, comenzó a volar. Sin sorprenderse ni asustarse, se encontró con el hecho de que él también volaba a la par de ella.

Y entonces lo comprendió todo: no se trataba de un ave sino de una vampira que al besarlo lo mordió.

Más allá del tiempo

Aunque ambos eran muy jóvenes, les gustaba la pintura y se conocieron en una muestra de un pintor de prestigio. La galería había organizado un servicio de lunch extraordinario y ellos comieron y tomaron hasta casi descomponerse. Se citaron para el día siguiente en una confitería situada al lado de la galería: esa tarde se habían excedido y estaban agotados. Los dos en su interior estaban convencidos de que el próximo encuentro culminaría en algún hotel.

Ella llegó primero al lugar convenido y lo esperó. Pero al final él no vino y se fue bastante enojada.

A los cinco años volvieron a verse en aquella galería y con idéntica muestra (puede ser que el pintor la repitiese por alguna razón). No se reconocieron. Como si fuera una continuación de aquel momento olvidado, charlaron, bebieron y comieron sin tregua. Ya exhaustos, se citaron a la misma hora y en idéntica confitería que la vez anterior: en su intimidad anhelaban mantener relaciones.

Ninguno concurrió a la cita.

Soñar

Esa noche me quedé solo porque mi esposa tenía una cena con sus ex compañeras del secundario. De manera que me fui a dormir temprano.

Soñé que estaba viajando en el colectivo que me llevaba al trabajo, aunque ya hace bastante que me jubilé. Debía bajarme en la última parada.

Me quedé dormido en el colectivo y soñé con un compañero de trabajo, Gabriel, que era también actor aficionado y se había jubilado muchos años antes que yo. Me encontré con él de casualidad en un lugar indeterminado y aprovechó para invitarme a la representación de una obra que también había escrito. Era su despedida porque un médico le había diagnosticado una enfermedad terminal.

En esa misma zona indefinida me topé con Esteban, un rubio medio petiso que se caracterizaba por su simpatía y vitalidad, aunque había muerto hace años: cosas de los sueños. Aproveché para invitarlo a la obra sin darle mayores explicaciones. Fuimos al teatro off y el espectáculo nos defraudó. Hasta la mitad desarrollaba los conflictos que afrontaba una familia disfuncional, pero luego se interrumpía bruscamente con un telón muy particular: una amplia cortina de cadenas iluminada con focos de colores.



Fuimos a ver a Gabriel en su camarín. Esteban y yo le comentamos que no entendíamos el final, y nos explicó que simbolizaba su adiós definitivo.

Esteban se tiró el piso y se puso a llorar como un chico. Gabriel se indignó y lo acusó de flojo y falto de integridad. Entiendo que fue demasiado severo.

El sueño finalizó allí y le siguió esa oscuridad tan peculiar que nos depara el acto de dormir.

Desperté en la parada final, con poste, banco y techito abovedado. No escuché al chófer como siempre gritar “¡Final del recorrido!” Tampoco lo vi y, además, el colectivo estaba vacío.

Como de costumbre, estaban Gabriel y Esteban esperándome sentados en el banco de la parada. Se pusieron de pie y, emocionados, me abrazaron.

Los tres nos pusimos a caminar rumbo al trabajo. Esteban nos conducía por una senda desconocida, una especie de llanura totalmente despoblada.

Y caminamos y caminamos. ☒

Germán Cáceres (Avellaneda, 1938). Escritor argentino. Entre sus libros, pueden citarse *El checo, la gigante y el enano* (1974), *Cuentos para mocosos y purretes* (1980), *Los pintores mueren del corazón* (1985), *Matar una vez* (1992), *Soñar el paraíso* (1996), *Vamos a Manhattan* (1999) y *Entre dibujos, marionetas y píxeles* (2004). Colabora con la Fundación Ciudad de Arena dedicada a la difusión del género fantástico y con varios medios impresos y publicaciones virtuales. En 1997 fue incluido en la antología *Cuentistas Argentinos de Fin de Siglo*, de Editorial Vinciguerra. Ha recibido diversos reconocimientos de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y en 2002 fue premiado en el concurso de cuentos “Atanas Mandadjiev”, celebrado en Bulgaria, por lo que se le otorgó el título de Gran Maestro del Relato Policial.